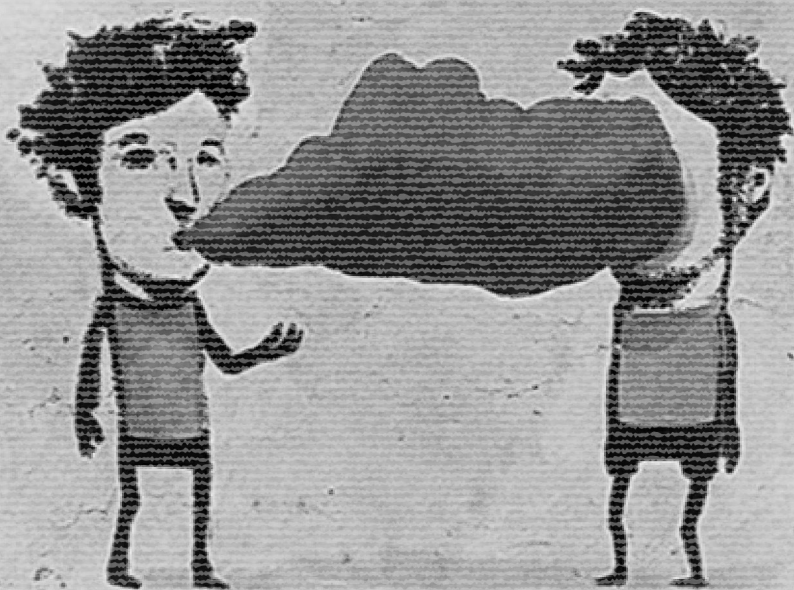


**Guadalupe Reinoso
(Ed.)**

El poder de la argumentación

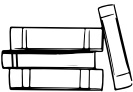
Filosofía, desacuerdos y
prácticas argumentativas



El poder de la argumentación.

Filosofía, desacuerdos y
prácticas argumentativas

Guadalupe Reinoso
(Ed.)

Colecciones
del CIFYH 

El poder de la argumentación : filosofía, desacuerdos y prácticas argumentativas / Cristina Bosso... [et al.] ; editado por Guadalupe Reinoso. - 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1773-0

1. Filosofía Moderna. I. Bosso, Cristina. II. Reinoso, Guadalupe, ed.

CDD 199.82

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de portadas y diagramación: María Bella

2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



Metáfora y argumentación: más allá de la belleza

Ingrid Julia Placereano*

La relación entre metáfora y argumentación posee una larga historia. Aristóteles ya distingue claramente la función poética de la metáfora de su función retórica. En el primer caso, la metáfora permite, tanto en la poesía épica como en la tragedia, ennoblecer y enaltecer el lenguaje, a fin de tratar los temas propios de esos géneros con la altura que se merecen. Con la función poética se busca conmover y purificar pasiones, procurando conseguir la combinación justa del lenguaje corriente y del lenguaje elevado y evitar así que el discurso resulte trivial o inentendible. Justamente es la metáfora la figura que, para Aristóteles, logra de mejor manera ese equilibrio. En el segundo caso, es decir en la función retórica, la metáfora, además de ennoblecer el lenguaje, busca efectos persuasivos, ya que esta función es propia del discurso argumentativo de la política, del discurso jurídico y del discurso declamatorio. Aquí, además de sorprender al receptor, ejerce una función explicativa, didáctica y esclarecedora y, para ello, la metáfora debe cumplir nuevamente esos dos requisitos que señalamos en la función poética: dotar al discurso de un aire natural y cargarlo de majestuosidad.

A partir de la interpretación de los escritos de Aristóteles, realizada principalmente por Cicerón y Quintiliano, surge lo que se conoce como la teoría clásica de la metáfora, que pone el acento en las cualidades estéticas, ornamentales de esta figura. Es decir que se usan metáforas para embellecer el discurso. Esto va de la mano del enfoque sustitutivo, que sostiene que a toda expresión metafórica le corresponde una expresión literal que le resulta equivalente. Comprender una metáfora sería como descifrar un código. Para esta concepción, la metáfora no aporta nada, más allá de la belleza. Así, decir “Saltó el león” para referirse a Aquiles sería lo mismo que decir “Saltó el valiente Aquiles”, ¿pero es verdaderamente lo mismo?

En la actualidad, y ya desde el siglo XX, esta concepción clásica de la metáfora es fuertemente cuestionada. Incluso se produce una relectura de

* Universidad Nacional de Tucumán; ingrid.placereano@filo.unt.edu.ar

los textos aristotélicos, por medio de la cual se sostiene que el Estagirita ya reconocía otras cualidades en la metáfora, como la de aportar conocimiento. Esto da lugar a lo que podríamos llamar una visión cognitiva de la metáfora, que toma importantes dimensiones a partir de los hallazgos y trabajos de las ciencias cognitivas.

A continuación, nos proponemos mostrar algunos aportes de esta visión cognitiva de la metáfora aplicada al ámbito de la argumentación. Este juego entre metáfora y argumentación podrá evaluarse en dos ámbitos: por un lado, “las metáforas *en* la argumentación”, y por otro, “las metáforas *de* la argumentación”.

Las metáforas *en* la argumentación

Como señalamos al comienzo, ya Aristóteles trabajó sobre el papel persuasivo que podía cumplir la metáfora desde su función retórica. No es la idea detenernos hoy en Aristóteles, pero sí cabe señalar que sus reflexiones fueron retomadas en el siglo XX por diferentes autores dedicados a la argumentación. Entre ellos podemos destacar a Chaïm Perelman quien, en *El imperio retórico*, toma a la metáfora como una posible estrategia argumentativa. Al ser la suya una teoría descriptiva, Perelman clasifica y caracteriza una cantidad de argumentos que funcionan en nuestras prácticas retóricas. Entre estos recursos argumentativos ubica a la metáfora como una analogía condensada; es decir, que detrás de cada metáfora podemos encontrar una semejanza, no referida a cosas, sino a relaciones entre cosas.

Por ejemplo: De la relación entre el día y el ocaso y de la relación entre la vida y la vejez, análogas entre sí, se puede elaborar la metáfora “El ocaso de la vida”.

La fuerza argumentativa de las metáforas y las analogías radica en su capacidad de aclarar, estructurar, ampliar el tema que se está tratando. Es decir que, apelamos a un dominio -llamado foro- que es bien conocido por los integrantes de nuestro auditorio, a fin de conducirlos a la evaluación y posible aceptación de otro dominio, menos conocido por ellos, denominado tema. En el caso de la metáfora, foro y tema se funden.

A C
-- = --
B D



A y B conforman el tema (ocaso/día) y C y D conforman el foro (vejez/vida) La metáfora sería A de D, analogía condensada.

Este efecto de persuadir a través de la transición, basada en la semejanza, desde una relación conocida a otra puesta en duda, adquiere aún más fuerza en la catacrexis, ya destacada por Aristóteles. Se trata de una metáfora que, de tan usada, perdió su carácter metafórico o, mejor dicho, que nosotros olvidamos que se trata de una metáfora al tomarla como la expresión cotidiana, o la única posible. Por ejemplo, cuando hablamos de “la pata de la silla” o “el pie de la montaña”; y en el ámbito filosófico-argumentativo, “el encadenamiento de razones”. Esta naturalización de las metáforas convence y por eso funciona en el ámbito argumentativo, de acuerdo con Perelman.

Otros autores, George Lakoff y Mark Johnson, elaboran, años más tarde, una teoría de la metáfora que va más allá de la de Perelman, en el sentido de que no toman a esta figura como una estrategia argumentativa entre otras, sino que la consideran central en toda nuestra vida mental. Su postura podría resumirse diciendo que para ellos nosotros pensamos y conocemos permanentemente con metáforas; nuestros esquemas conceptuales son metafóricos en su origen.

Estos autores toman como base los avances de las ciencias cognitivas y sostienen, como punto de partida, que la nuestra es una razón moldeada por un cuerpo y acompañada por un inconsciente cognitivo y un pensamiento metafórico que, en general, nos pasa inadvertido. Así, sostienen que cada pensamiento, acto y decisión que llevamos a cabo están apoyados en una cantidad tan grande de supuestos filosóficos que nos resulta imposible dar cuenta de ellos.

En su libro *Metáforas de la vida cotidiana*, de 1980, toman distancia del enfoque clásico respecto a la metáfora, señalando que la metáfora no es, para ellos, un adorno del lenguaje. No tiene que ver con una cuestión cosmética, sino que se vincula directamente con nuestro conocimiento del mundo.¹ Parten de la idea, que es en realidad la conclusión de su investigación, de que la metáfora no es una cuestión de palabras, sino también

¹ Me parece importante aclarar que, si bien se podría denominar “función estética” a la función ornamental de la metáfora, prefiero no utilizar ese término, ya que lo estético puede rebasar perfectamente lo ornamental y referirse a un modo de relación del hombre con el mundo, un modo sensible que puede incluir lícitamente un modo de conocimiento.

de pensamiento y acción. De esta manera buscan refutar la opinión generalizada que sostiene que la metáfora es un fenómeno propio del lenguaje extraordinario, reservado sólo para unos pocos. Ellos sostienen, por el contrario, que nuestra vida cotidiana está repleta de metáforas porque nuestro propio sistema conceptual es de naturaleza metafórica. En todo caso, el lenguaje poético reelabora las metáforas que están en el lenguaje cotidiano, extendiendo su uso hasta zonas no exploradas y de esta manera las manipula de forma inusual.

Los hablantes estamos equivocados si pensamos que podemos arreglárnoslas perfectamente sin metáforas, ya que nuestros sistemas conceptuales se cuelan en lo que percibimos, en las relaciones que establecemos con las personas y el entorno, en lo que pensamos y en cómo actuamos. Como esto sucede mayormente de manera inconsciente, prestar atención al lenguaje y analizarlo es una buena manera de visibilizar y hacer presente los sistemas conceptuales. Entonces, cuando estos autores se refieren a la “metáfora”, están pensando en el “concepto metafórico”; la metáfora lingüística es posible porque esa metáfora conceptual está presente en el modo de pensar del hablante.

En otras obras, como *No pienses en un elefante*, Lakoff se referirá al concepto metafórico como “marco o esquema conceptual”. Con su postura se opone a la teoría de la sustitución, aquella que sostiene, como vimos, que toda expresión metafórica puede ser sustituida por una expresión literal equivalente. Lakoff reemplaza esta idea por la de superposición de dos dominios o campos semánticos. Esto significa que se establecen conexiones entre dos ámbitos que se interrelacionan a lo largo del discurso; uno es el “dominio meta” y otro el “dominio fuente”. El primero es el que queremos metaforizar, el segundo incluye la imagen de donde se extrae la metáfora. Esto muestra que, mientras el primer dominio es abstracto, el segundo es más concreto y cercano. La relación entre los dos dominios se parece a la superposición de dos imágenes, en la cual se dan identificaciones parciales, no totales. “Si fuera total, un concepto *sería* en realidad el otro, no sería meramente entendido en términos de otro” (Lakoff, 2017, p. 3) Así, los conceptos están parcialmente estructurados por metáforas y pueden ser extendidos hacia determinados lugares y no hacia otros. Esto último nos muestra otro aspecto importante a tener en cuenta y es que, desde el momento en que se resalta un aspecto de la experiencia, se quita de la escena otros. Es decir, para comprender la metáfora nos concentramos en un

elemento, destacándolo, a la vez que ocultamos otros. Por ejemplo, como veremos en la segunda parte, concebir a la discusión como pelea, evita que pensemos a esta actividad en términos cooperativos.

Lakoff y Johnson, en *Metáforas de la vida cotidiana*, trabajan a partir del análisis de muchas expresiones cotidianas. Por ejemplo, cuando decimos “el tiempo es dinero”, estamos considerando que el tiempo es valioso, que se trata de un recurso limitado.

Otros ejemplos aportados por estos autores relacionados con esta metáfora serían:

Este artilugio te ahorrará horas.

¿Vale la pena gastar ese tiempo?

Tienes que calcular el tiempo.

He perdido mucho tiempo en ella.

Todas estas expresiones son metafóricas en tanto nos servimos de nuestras experiencias cotidianas con el dinero, con los recursos limitados, con las cosas valiosas para conceptualizar el tiempo. El dominio fuente es aquí ese conjunto de experiencias del día a día, concretas, que nos sirven para entender el tiempo, dominio meta de naturaleza abstracta.

Una metáfora puede servir para comprender un concepto, en la medida en que se arraiga en nuestras experiencias. Tienen además una existencia cultural e histórica. Los valores más arraigados en cada cultura son coherentes con los sistemas metafóricos. Si las circunstancias cambian, los valores pueden entrar en conflicto y con ello las metáforas que se asocian a ellos. Asimismo, si un hecho contradice al sistema conceptual, es probable que el hecho sea desestimado y el sistema se mantenga.

Como dijimos, Lakoff toma la idea de que los marcos son estructuras mentales que no sólo modelan nuestra visión del mundo, sino que influyen directamente en nuestras prácticas, objetivos, planes y acciones concretas. Así, modificar un marco es modificar todo esto; un cambio de marco puede conllevar un cambio social.

A estas estructuras mentales no podemos acceder de forma consciente, sino a través del modo en que razonamos y lo que consideramos como sentido común. También podemos reconocer un marco a partir del lenguaje empleado, ya que “todas las palabras se definen en relación a un marco conceptual”. (Lakoff, 2017, p. 4) Cualquier palabra evoca un marco, a través de una imagen u otro tipo de información. Y si esos marcos son expresados y visibilizados a través de un uso determinado del lenguaje,

entonces redefinir los marcos implicaría cambios en el lenguaje. Esto lleva al autor a enunciar una conclusión desafiante, al señalar que para pensar distinto hay que cambiar el lenguaje. Por otro lado, muestra una consecuencia que puede resultar peligrosa: cuando negamos un marco, también lo estamos evocando. Esto resulta fundamental a la hora de argumentar o de discutir frente a otra postura ya que, si uno utiliza el lenguaje del interlocutor, del adversario si se quiere, logra un resultado no deseado que es el de evocar y resaltar el marco conceptual contrario. Uno puede caer en la trampa de ser arrastrado por las palabras hacia otra cosmovisión. En su obra da el ejemplo de la administración Bush luego del ataque del 11 de septiembre. Al reemplazar la idea de un crimen con la idea de la guerra, el presidente cambió un marco conceptual caracterizado por leyes, tribunales, juicios y sentencias por otro que incluía ataques, enemigos, potencias y daños colaterales. Asimismo, el presidente Bush incorporó en su vocabulario expresiones como “eje del Mal”, “mal/bien”, “venganza”, “borrarlos del mapa”, que asemejaron su discurso al propio de los terroristas a los que se enfrentaba. Hablar como los terroristas era evocar ese marco conceptual, aunque pretendiera negarlo. Hablar como ellos era actuar como ellos, era convertirse en el mal que decía despreciar.

Como podemos observar, y para resumir estas consideraciones en torno al papel de la metáfora en la argumentación, podemos decir que, tanto desde las posturas que toman a la metáfora como una estrategia argumentativa, como desde la teoría cognitiva de la metáfora que vimos con Lakoff y Jonhson, se reconoce que el papel de esta figura excede ampliamente la función embellecedora, ornamental, que le atribuye la teoría clásica.

Las metáforas de la argumentación

Si tomamos esta idea de Lakoff de los marcos conceptuales, podemos pensar qué marcos ponemos en juego cuando decidimos argumentar. La o las metáforas a las que lleguemos en este ejercicio, no serán entendidas como una definición de argumentación, pero sí caracterizarán el modo en que nosotros pensamos, hablamos y nos embarcamos en diferentes argumentaciones. Así, Lakoff analiza la forma en que usualmente se presentan nuestras argumentaciones y desentraña que la metáfora que sostiene estas prácticas es “argument is war”, la argumentación es una guerra. Según el

lingüista, esta metáfora impregna todos los rincones de nuestros discursos sobre argumentaciones y nuestras diferentes formas de ponerlas en juego.

Para autores como Daniel Cohen esta metáfora sería utilizada incluso en el ámbito filosófico, contrariando lo que muchas veces entendemos por filosofía y la idea de que aquellos que nos dedicamos a esta disciplina estamos interesados en argumentos que se apoyan en cadenas de razonamientos impersonales, sólo movidas por la persecución sincera de la verdad. Este autor indica que nosotros también queremos que nuestros argumentos sean fuertes, convincentes y tan irresistibles que puedan devastar toda posición en contra. Así, pretendemos dejar al otro sin respuesta posible, reducido a un silencio impotente. Para este autor, tanto si consideramos a los argumentos como pruebas que conduzcan a la verdad, como si los tomamos como juegos del lenguaje que llevan a la aceptación de una tesis, su estructura se caracteriza por la adversidad. Los acuerdos a los que se llegan y las creencias que resultan fortalecidas son, de alguna manera, impuestos por el ganador de la contienda. Los debates, tan bien vistos en las clases de filosofía, presuponen que el tema en juego, más allá de su complejidad, puede ser dividido en partes opuestas, a partir de una mirada blanca y negra del mundo.

Como vimos, Lakoff y Johnson sostienen que toda metáfora está anclada en la experiencia. Sin embargo, no se refieren a una experiencia directa, personal y física, sino que toman en cuenta de manera especial el papel de la cultura en la conformación de los esquemas conceptuales de cada persona. Si bien todas las experiencias son en cierto sentido culturales, pueden distinguirse aquellas con más presencia cultural que otras. Éste sería el caso de la metáfora “argumentación es guerra”. En este caso no necesitamos vivir una guerra para saber de qué se trata; sus características son concebidas y valoradas culturalmente y son transmitidas a través de la educación. E incluso estas valoraciones pueden variar sensiblemente de una cultura a otra. Además, desde el ámbito de la experiencia personal, esta metáfora también puede relacionarse con el enfrentamiento físico, tanto de seres humanos como de animales.

La argumentación, en cuanto institución, es, por una parte, la recreación simbólica del enfrentamiento físico y, por otra, en cuanto concepto, es el resultado de aplicar la estructura del enfrentamiento físico al intercambio verbal -a una cierta clase de interacciones verbales. (Bustos Guadaño, 2014, p.19)

Así, la argumentación, como concepto abstracto, es entendida a partir de la experiencia concreta de la confrontación, de la pelea. A esta metáfora corresponderían expresiones tan usuales como:

Conseguí debilitar su posición.

Ataqué sus premisas con toda la artillería de la que disponía en ese momento.

Cedió terreno ante mis ataques.

Se atrincheró en sus posiciones.

Resulta interesante pensar la posibilidad de que los conceptos no estén estructurados por una única metáfora, sino por varias. Esto permitiría dotar al concepto de una mayor flexibilidad, de acuerdo con los diferentes contextos de uso.

Veamos a continuación qué otras metáforas fueron señaladas por los diferentes autores citados:

“Los argumentos son construcciones”: Con esta metáfora ponemos el acento en cualidades valoradas a la hora de argumentar, como la solidez y el equilibrio. Entrarían en este marco, expresiones como:

Su argumentación era sólida.

Eché abajo sus razonamientos.

Su argumentación estaba sostenida en cimientos firmes.

El peso de la argumentación descansaba en una sola premisa.

De alguna manera, en esta metáfora sigue permaneciendo la idea del enfrentamiento, que se pone en juego al sostener implícitamente que el objetivo de la argumentación es la destrucción de las construcciones realizadas por nuestro interlocutor. Edificios que caen en pedazos es una imagen propia de la guerra que, trasladada al ámbito de la argumentación, conlleva la ilusión de poder escapar de ello a través de una edificación sólida hecha de palabras y apoyada en fuertes cimientos, contruidos con razones. Por otro lado, según Lakoff, las diferentes construcciones conllevan para nosotros otras imágenes importantes en nuestros marcos conceptuales. Por ejemplo, las siluetas que otorgan cierto rasgo identitario especial a determinadas ciudades. Pensemos en el perfil de Nueva York, modificado drásticamente luego del 11 de septiembre. La pérdida de control, el derrumbe de la sociedad norteamericana, el desequilibrio, el terror, fueron algunas de las posibles consecuencias que se vincularon al ataque y derrumbe de las torres. Para el lingüista todas estas imágenes

son evocadas inconscientemente cuando concebimos a la argumentación ligada al objetivo de la destrucción del edificio de nuestro adversario.

Resulta imprescindible entonces pensar si existe otra forma de concebir la actividad argumentativa que no esté guiada por la metáfora de la guerra, el enfrentamiento y la destrucción.

Para esto podemos tomar en cuenta la metáfora que sostiene que “Los argumentos son recipientes o contenedores”. Para Lakoff y Johnson esta metáfora opera también en relación con nuestra vida mental; en el sentido de que nuestra mente tiene contenidos o puede recibirlos; en filosofía nos resulta casi obligatorio pensar aquí en la metáfora de la *tabula rasa*, de Locke. Aquí entrarían expresiones como:

Su argumentación carecía de contenido.

La conclusión contenía más información que las premisas.

No logró llegar al fondo de la cuestión.

Otra metáfora que puede desentrañarse de expresiones sobre nuestra actividad argumentativa es “La argumentación es un viaje”. Aquí concebimos a la argumentación en cuanto acontecimiento, como conjunto de acciones verbales que se suceden en el tiempo y que tienden a algún objetivo, a un punto de llegada. Esta metáfora se puede visualizar en expresiones como:

Tu argumentación no va a ninguna parte.

Se perdió tratando de encontrar el hilo de la argumentación.

El trayecto entre las premisas y la conclusión era demasiado largo.

De acuerdo con todo lo visto hasta aquí, podemos concebir a la argumentación como un tipo de intercambio verbal, al que podríamos tomar, junto con Bustos, como un subconjunto de las conversaciones. Ahora bien, ¿qué distingue a una argumentación de una mera conversación? Para Lakoff y Johnson, se distinguen por la manera en que los participantes conciben y experimentan esa participación. La concepción más corriente en nuestra cultura sería la de la confrontación. Aun cuando se supone que la violencia verbal está explícitamente excluida del ámbito de la argumentación racional, entendida como una subespecie de la argumentación en general, la argumentación racional sigue siendo concebida en términos de guerra, disputa, enfrentamiento.

De todos modos, podemos reconocer que otras ideas de argumentación resultaron posibles, a partir de la inclusión de herramientas conceptuales como los actos de habla, y de la evaluación de estas prácticas

de acuerdo con los diferentes roles o efectos que producen. La pragmadialéctica sería un claro ejemplo de esto. Desde esta perspectiva, una de las principales funciones de un argumento es resolver una diferencia de opinión. Para Daniel Cohen esta fórmula permitiría mostrar el elemento de adversidad simplemente como un medio accidental para un fin mucho más importante, que admite además otros medios posibles.

Es tal vez por la aparente predominancia en nuestros marcos conceptuales de la metáfora de la guerra que concepciones que, como la pragmadialéctica, se basan en la cooperación y en la búsqueda sincera de la resolución de diferencias de opinión, nos resultan tan ideales y teóricas. Desde nuestro sentido común, las consideramos propuestas atractivas, pero un tanto impracticables. De acuerdo con Bustos Guadaño parecería que somos incapaces de evaluar como argumentación a un hecho social distinto al nuestro.

Para concluir con nuestro trabajo, podríamos intentar pensar qué metáforas operan detrás de estas concepciones alternativas, que escapan de la idea del enfrentamiento. En nuestra opinión, una metáfora como la de las construcciones podría ser reinterpretada desde una teoría de la argumentación como la pragmadialéctica. Sin entrar en detalles, y como señalamos en el párrafo anterior, esta propuesta plantea como objetivo la resolución de una diferencia de opinión y, para ello, propone un modelo reglado en el que la voluntad sincera de cooperación en los participantes se da por supuesta. Así, podemos pensar en la imagen de la construcción de un edificio o una casa que implica necesariamente la participación de un equipo que debe trabajar en conjunto. Cada uno aporta su saber particular, que podríamos analogar con los diferentes puntos de vista que se ponen en juego en una argumentación. Si entre estos trabajadores no existe la posibilidad de establecer acuerdos, la valoración positiva del trabajo del otro, la voluntad sincera de lograr con los otros el objetivo planteado, la construcción no llegará a buen puerto. Ya no se trata entonces de destruir la edificación del adversario, sino de levantar con el otro una construcción nueva, con cimientos acordados y con un diseño compartido. Hoy, sobre todo si pensamos en los intercambios propios de las redes sociales, esto puede parecer absolutamente utópico. Sin embargo, Lakoff y Johnson señalan que los marcos conceptuales son flexibles y, por lo tanto, pueden ser modificados, por ejemplo, a través de cambios en el lenguaje.

Referencias bibliográficas

- Bustos Guadaño, E. (2014) *Metáfora y argumentación: teoría y práctica*. Madrid: Cátedra.
- Cohen, D. (1995) Argument is war...and war is hell: philosophy, education and metaphors for argumentation. *Informal Logic*. Vol. 17 (2) 177-188.
- Ervas, F. y Sangoi, M. (2012) *Metaphor and argumentation*. Urbino: Iso-nomia.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (2017) *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- Lakoff, G. (2017) *No pienses en un elefante*. Madrid: Atalaya.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (1999) *Philosophy in the flesh*. Nueva York: Basic Books.
- Perelman, C. (1997) *El imperio retórico*. Bogotá: Norma.
- Von Eemeren, F. y Grootendorst, R. (2011) *Una teoría sistemática de la argumentación. La perspectiva pragmadialéctica*. Buenos Aires: Biblos.

